



# Globalización:

## Poder, miseria y esperanzas

**RICARDO MÁRQUEZ**

La tendencia dominante que caracteriza la economía de nuestro tiempo es la creación de tratados regionales y subregionales de comercialización. Esta tendencia de apertura e integración económica a escala mundial, es lo que se ha denominado globalización de la economía, fenómeno favorecido por innovaciones tecnológicas en la informática y las comunicaciones, la liberalización del comercio, la movilidad de capitales y las grandes transformaciones en el campo de la producción (Iglesias, 1998).

La globalización es el desarrollo natural del capitalismo, es la integración de los mercados a nivel nacional, regional y mundial guiada por valores de libre comercio, competitividad, expansión y

beneficio. Sin embargo, cuando analizamos en detalle las consecuencias sociales y ecológicas de ese modelo de expansión y desarrollo (Brown, 1998), no podemos permanecer tranquilos. Hay algo dentro de esa lógica y discurso dominante que seduce, como las sirenas en la "Odisea", pero que acarrea desgracia y malaventura para quienes se entreguen a sus promesas y utopías en forma acrítica.

El discurso de la globalización es patrocinado por quienes tienen el poder, las tecnologías y los medios para implementarlo. Sus principales protagonistas son grupos económicos y financieros que tienen sede en los países desarrollados, el grupo de los 7 (G-7) o los llamados países del "Norte", donde habi-

**Cuando el valor de nuestras vidas depende de la aprobación externa del "mercado", cada día resulta una batalla. Una batalla para convencer a los otros de lo que valemos, una batalla para impresionar a los que nos contratan, una batalla contra los que están esperando nuestra "devaluación" para desplazarnos.**

ta la cuarta parte de la población mundial con las mejores condiciones de alimentación, educación, vivienda y salud (Dorling Kindersley, 1996). La globalización es la expresión de los intereses políticos y económicos de sus protagonistas.

El modelo de la globalización económica asume el principio darwinista de la sobrevivencia del más fuerte. En el incierto y dinámico orden económico del futuro sobrevivirán quienes usen apropiadamente el conocimiento gerencial (Drucker, 1992), las innovaciones tecnológicas y respondan con agilidad y eficacia a las necesidades del mercado: "La prosperidad y el crecimiento serán los premios de quienes aprendan y apliquen lo aprendido con rapidez; parálisis y caída serán los castigos para quienes se retrasen" (Bassietalt, 1998, p.51).

Es difícil levantar la voz y señalar los peligros y riesgos de una corriente dominante de pensamiento que se impone como un modelo racional, científico y de validez empírica. Es fuerte y duro combatir una corriente que tiene a su lado todos los instrumentos de poder disponibles y que, a su vez, está dándole forma al mundo contemporáneo (Bourdieu, 1998).

El fenómeno de la globalización, con su lenguaje de expansión y libertad de mercado, crea sutilmente un contexto de "violencia" y "presión" sobre los individuos, las organizaciones y la comunidad internacional. La ley de la sobrevivencia y los niveles de exigencia para ser eficientes, eficaces y obtener los beneficios esperados de la inversión, crean una dinámica de "sobrevivimiento" en el trabajo por parte de los gerentes, en medio de condiciones de permanente estrés y emergencia. La violencia estructural pesa sobre los llamados contratos de trabajo. Jamás se ha hablado tanto en los contextos organizacionales de confianza, lealtad y cultura organizacional como en estos tiempos, cuando se eliminan las garantías de empleo y disminuyen las restricciones para despedir las personas libremente (Bordieu, 1998).

Cuando el valor de nuestras vidas depende de la aprobación externa del "mercado", cada día resulta una batalla. Una batalla para convencer a los otros de lo que valemos, una batalla para impresionar a los que nos contratan, una batalla contra los que están esperando nuestra "devaluación" para

desplazarnos. Tenemos que sacrificar lo que somos y lo que realmente deseamos para "sobrevivir" en la dinámica establecida por el mercado.

La lógica de la globalización lleva paradójicamente al debilitamiento de las iniciativas locales de cooperación y solidaridad. La función primaria de los Estados por el servicio y el bienestar público pasa a un segundo plano ante las exigencias de Organismos Internacionales como el Fondo Monetario Internacional y la Organización para el Desarrollo y la Cooperación económica. Estos organismos condicionan sus ayudas a que los Estados apliquen políticas de reducción del gasto público, disminución de los costos de trabajo y flexibilización de las leyes comerciales; medidas que claramente han llevado a incrementar las tensiones sociales en algunos países del Asia y Latinoamérica. Los entes promotores de la globalización quieren establecer un orden "supra-político" que responda a los intereses financieros que están en juego, donde los Estados locales no limiten las "libertades del mercado".

La globalización ha favorecido a los países cuya economía necesita expandirse. Ha sido positiva para generar ganancias rápidas a los inversionistas, pero igualmente ha creado un contexto altamente vulnerable y volátil, incapaz de asegurar su permanencia. Con la globalización ocurre igual que con las estructuras moleculares complejas (Prigogine, 1967). El requerimiento de energía para que la estructura se mantenga en funcionamiento es muy alto y la vulnerabilidad es directamente proporcional a la complejidad. Cualquier perturbación mínima puede alterar el sistema.

La globalización crea más posibilidades de hacer dinero, pero igualmente aumenta las posibilidades de cometer errores que afectan las vidas de millones de personas (Greenspan en Time, 2/15/99, p.40). Basta que un grupo de inversionistas internacionales sienta desconfianza de sus colocaciones para que muevan sus capitales en fracciones de segundo de un lugar a otro, creando pánico, desempleo y miseria, como ha ocurrido recientemente en Malasia y Tailandia (Cooper Ramo, 1999).

La dinámica de la globalización ha generado pobreza y deterioro en la calidad de vida de numerosos sectores de

la población mundial, además de haber acentuado las diferencias de ingresos al interno de los países "desarrollados". El informe de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 1996), señala que 1.600 millones de personas están en peores condiciones económicas que hace 15 años, y 89 países están ahora en peor situación económica que hace 10 años. Estas son señales de que "el modelo teórico" de la Globalización no está generando los frutos de bienestar y calidad de vida que promete para los habitantes de la tierra, por el contrario, "el mundo está cada vez más polarizado y la distancia que separa a los pobres de los ricos se agranda cada vez más" (PNUD, Informe, 1996, p.2).

La globalización, como hemos afirmado, es un fenómeno complejo de muchas variables y matices. No se trata de satanizarlo, pero tampoco asumir sus planteamientos ingenuamente. La globalización es un fenómeno que tiene grandes implicaciones éticas y humanas, aunque sus exponentes teóricos quieran "reducirlas". No es suficiente para su análisis asumir la actitud pragmática de la "Realpolitik", que al final se reduce al principio de que lo que es bueno para mí es bueno para todos. La dinámica de los mercados y capitales responde a unas dimensiones del ser humano, pero tiende a ignorar y descuidar otras facetas importantes de la vida: "El mercado responde bien a algunas dimensiones de la vida, pero no ve otras. Es sensible a aquellos valores en relación con lo que hay que comprar y vender pero es ciego a otros valores de integridad del orden natural y la calidad de las relaciones humanas que no pueden reducirse a mercancías. El mercado insensible a los costos de la destrucción de los sistemas, familias y comunidades que son vitales para la calidad de nuestras vidas" (Schinookier, 1993).

### **Globalización vista desde los de abajo**

¿Cómo participan los países en desarrollo en el proceso de globalización que domina el escenario económico? Si el éxito de la participación en los mercados internacionales depende de la capacidad productiva de los pueblos, los avances tecnológicos y la capacitación de los recursos humanos, ciertamente, aunque hablemos de "libertad" para competir (Friedman, 1980), estamos en

condiciones desiguales.

¿Cómo participar equitativamente en una competencia internacional de producción con una pobreza que afecta, como es el caso de Venezuela, al 85% de las familias (Cenda, CESAP, 1998), con una deserción escolar del 25 % antes del séptimo grado (Fe y Alegría, 1998) y con una población infra alimentada que algunos de sus dirigentes industriales califican de "no entrenable"?

Nuestros pueblos necesitan construir y reparar daños estructurales de larga data que no se cambian por la asunción de un nuevo modelo económico. Mientras no se atiendan las necesidades básicas de educación y salud, no tendremos base de sustentación para ninguna propuesta de desarrollo integral de nuestras sociedades: "... el principal esfuerzo de inversión debe hacerse en la mejoría de las capacidades productivas de la gente, lo cual abarca desde el sistema educativo formal hasta la salud, el esparcimiento y la cultura" (Purroy, 1997).

Tener conciencia y conocimiento de los contextos sociales y culturales de nuestros países, previene contra la arrogancia y prepotencia de creer que los principios gerenciales y organizativos que responden a la dinámica de la globalización en los países desarrollados son válidos y aplicables en cualquier parte del mundo.

En los países del "Sur" queremos desarrollarnos, producir bienes y servicios, queremos mejorar la calidad de nuestros productos, queremos abrirnos a los mercados internacionales, queremos mejorar la calidad de vida de nuestros pueblos, queremos aumentar las oportunidades educativas para la población, queremos mejorar las condiciones de salud y alimentación; pero, todo ello guiados por valores diferentes a los que inspiran la economía global del mercado. No queremos, en nombre del desarrollo y la expansión, seguir generando pobreza, convertir los ríos en cloacas, los mares en basureros y las selvas en desiertos (Galeano, 1991).

En nuestras raíces culturales latinoamericanas tenemos los valores comunitarios de vida y producción. Nuestro reto es crecer y desarrollarnos naturalmente, aprovechando los aportes y contribuciones de los países desarrollados, su tecnología y conocimientos, pero sin perder de vista el terreno cultural don-

de esas tecnologías y conocimientos se van a poner en práctica.

Las exigencias de la globalización le imponen a nuestros países grandes retos y presiones que, en definitiva, tienen que ver con su sobrevivencia económica. Los líderes de nuestros países y de nuestras organizaciones no pueden reproducir acríticamente los principios de la gerencia norteamericana o japonesa. Nuestros países necesitan gerentes "polivalentes", "multifrénicos" (no esquizofrénicos), que integren sus capacidades y talentos al servicio del país donde prestan sus servicios.

El modelo de la globalización de la economía construido sobre los valores del individualismo y el utilitarismo tiene el potencial destructivo de ahondar más las diferencias y los males de la humanidad. En la sociedad de mercado todo se mide en términos de operación, función y rendimiento. No importa tanto "quién eres tú", sino que producto produces o puedes comprar. Las relaciones son predominantemente utilitarias y funcionales. Para conseguir el éxito se sacrifican los deseos y los anhelos más genuinos del ser humano.

### Buscando caminos

Se necesita más que un cambio de conciencia para prevenir los resultados de esa mentalidad de mercado, se necesita lo que el término griego de "metanoia" indica: "un nuevo nacimiento", "un cambio del corazón" (Fox, 1988, p.34, 68), un cambio radical y profundo: "Comprender que el desarrollo no está en los objetos, sino en las personas, y proponerlo en términos no meramente economicistas sino 'humanos', implica un cambio profundo y necesario en la racionalidad económica predominante en las corrientes globalizadoras" (Iriarte, 1998, p.44).

Las organizaciones del siglo XXI en los países de "Sur" no pueden pretender seguir los modelos de la globalización, sin asumir las condiciones económicas y sociales de su población que exigen justicia en la distribución de los bienes y mejora en las condiciones básicas de vivienda, educación, salud y servicios. La gerencia y el liderazgo empresarial de nuestros países han de tener características de un servicio integral (Greenleaf, 1977) que promueva, además de la eficiencia y la eficacia, la calidad de

vida de los trabajadores.

El reto para la dirigencia empresarial latinoamericana es integrar sus intereses con los de los trabajadores y la sociedad en su conjunto. Este reto implica procesos complejos y profundos de transformación en la motivación y en los valores que hasta ahora han guiado el procesos de globalización.

Es ilusorio pensar en un desarrollo global que no tome en serio el desarrollo integral de las personas. No es posible construir un desarrollo sustentable sobre la pobreza y la miseria de los pueblos. La historia nos ha enseñado que ningún imperio, por poderoso que sea, se mantiene sobre la injusticia y la desigualdad de sus habitantes. No hay frontera ni fuerza que pueda contener la pobreza y la miseria de los pueblos.

Necesitamos, en Latinoamérica, un liderazgo gerencial que integre los conocimientos más avanzados de la administración y producción, con la atención cuidadosa de la vida cotidiana de los trabajadores. Necesitamos iniciativas organizacionales que creen un contexto social y cultural donde los trabajadores puedan desarrollarse como personas y mejorar la calidad de sus vidas. Necesitamos constancia y paciencia para curar los daños estructurales creados por años de pobreza, enfermedad y corrupción. Necesitamos gerentes maestros, gerentes comprometidos, gerentes servidores que modelen los valores de cooperación y solidaridad. Necesitamos crear contextos de participación y aprendizaje permanente. Necesitamos ubicar histórica y culturalmente las demandas de la globalización y convertirlas en oportunidades para mejorar las condiciones de vida de nuestros pueblos. De lo contrario, le estaremos haciendo eco a un modelo teórico que, bajo apariencia de bien, se impone y se difunde, aumentando las diferencias y la pobreza entre los pueblos.

---

**RICARDO MÁRQUEZ**

Filósofo, especialista en Andragogía.